

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Discurso

CONGRESO INTERNACIONAL ORGANIZADO POR EL CONSEJO PONTIFICO PARA LA PROMOCIÓN DE LA
NUEVA EVANGELIZACIÓN 2011

La Palabra de Dios crece y se multiplica

15 de octubre de 2011

Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio, queridos amigos:

He acogido de buen grado la invitación del presidente del Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización a estar presente con todos vosotros, esta tarde al menos un breve momento, y sobre todo mañana para la celebración eucarística. Agradezco a monseñor Fisichella las palabras de saludo que me ha dirigido en vuestro nombre, y me alegra ver que sois numerosos. Sé que estáis aquí en representación de muchos otros que, como vosotros, se han comprometido en la no fácil tarea de la nueva evangelización. Saludo también a todos los que están siguiendo este evento a través de los medios de comunicación, que permiten a muchos nuevos evangelizadores estar conectados al mismo tiempo, aun estando dispersos por las distintas partes del mundo.

Habéis elegido como lema para vuestra reflexión de hoy la expresión: "La Palabra de Dios crece y se multiplica". El evangelista Lucas utiliza esta fórmula varias veces en el libro de los Hechos de los Apóstoles; en distintas situaciones afirma, de hecho, que *«la Palabra de Dios crecía y se multiplicaba»* (cf. Hch 6,7; 12,24). Pero en el tema de esta jornada habéis modificado el tiempo de los dos verbos para evidenciar un aspecto importante de la fe: la certeza consciente de que la Palabra de Dios está siempre

se rompe para dar origen a la espiga. Todo esto, si por una parte infunde consuelo y esperanza porque muestra el incesante fermento misionero que anima a la Iglesia, por otra debe llenar a todos de un renovado sentido de responsabilidad hacia la Palabra de Dios y la difusión del Evangelio.

El Consejo Pontificio para la Promoción de la Nueva Evangelización, que instituí el año pasado, es un instrumento valioso para identificar las grandes cuestiones que se agitan en los distintos sectores de la sociedad y de la cultura contemporáneas. Está llamado a ofrecer una ayuda especial a la Iglesia en su misión, sobre todo en los países de antigua tradición cristiana que parecen ser indiferentes, si no hostiles, a la Palabra de Dios. El mundo de hoy necesita personas que anuncien y testimonien que es Cristo quien nos enseña el arte de vivir, el camino de la verdadera felicidad, porque Él mismo es el camino de la vida; personas que tengan ante todo ellas mismas la mirada fija en Jesús, el Hijo de Dios: la palabra del anuncio siempre debe estar inmersa en una relación intensa con Él, en un profunda vida de oración. El mundo de hoy necesita personas que hablen *con* Dios para poder hablar *de* Dios. Y también debemos recordar siempre que Jesús no redimió al mundo con palabras bellas o medios vistosos, sino con el sufrimiento y la muerte. La ley del grano de trigo que muere en la tierra es válida también hoy; no podemos dar vida a los demás sin dar nuestra vida: *«el que pierda su vida por mí y por el Evangelio, la salvará»*, nos dice el Señor (Mc 8,35). Viéndoos a todos vosotros y conociendo el gran compromiso que cada uno pone al servicio de la misión, estoy convencido de que los nuevos evangelizadores se multiplicarán cada vez más para dar vida a la verdadera transformación que el mundo actual necesita. Solo a través de hombres y mujeres moldeados por la presencia de Dios, la Palabra de Dios continuará su camino en el mundo dando sus frutos.

Queridos amigos, ser evangelizadores no es un privilegio, sino un compromiso que deriva de la fe. A la pregunta que el Señor dirige a los cristianos: *«¿A quién enviaré y quién irá por mí?»*, responded con la misma valentía y la misma confianza que el Profeta: *«Aquí estoy, mándame»* (Is 6,8). Os pido que os dejéis moldear por la gracia de Dios y que correspondáis dócilmente a la acción del Espíritu del Resucitado. Sed signos de esperanza, capaces de mirar al futuro con la certeza que proviene del Señor Jesús, que ha vencido a la muerte y nos ha dado la vida eterna. Comunicad a todos la alegría de la fe con el entusiasmo que proviene de estar movidos por el Espíritu Santo, porque Él hace nuevas todas las